

Entonces se negaba que los indios fuesen hombres que tuviesen alma racional; tratados como bestias por los encomenderos, morian en medio de las mas rudas fatigas, y nadie cuidaba siquiera de enterrar los cadáveres, y sus huesos emblanquecidos por el sol y las tormentas, indicaban muchas veces el camino por donde transitaban sirviendo á sus amos.

El clero tomó la defensa de la humanidad, y los reyes de España oyeron por la boca de los sacerdotes, las quejas que no les permitian oír las adulaciones de sus factores y sus visitadores.

El despecho y la desesperacion hicieron que varios mexicanos pensasen en sacudir el yugo de los españoles; pero la conspiracion fué denunciada, y el virey Mendoza hizo ajusticiar públicamente á los que declaró gefes de ella.

* * *

Así corria el año de 1546.

Entonces se distinguia en la ciudad, por su riqueza, por su elegancia y por su arrogante figura, un jóven que se llamaba Don Felipe de Carbajal.

Aquel jóven parecia pertenecer á la raza indígena pura, y sin embargo, los hombres inteligentes de aquella época descubrian que en sus venas habia tambien sangre española, porque su pelo se rizaba y su negro bigote era algo mas espeso de lo que correspondia á un indígena de sangre pura.

De todos modos, aquel jóven era el galan de moda en la ciudad; podria tener veintiun años, y nadie montaba mejor ni mas soberbios caballos, que entonces tenian altos precios,

ni nadie llevaba con mas despejo el ferreruelo, el ancho sombrero con grandes plumas, y la rica espada con empuñadura de oro y piedras preciosas.

Las jóvenes estaban locas por él, y todo el mundo murmuraba por lo bajo que aquel jóven era hijo del infortunado emperador Guatimoczin y heredero de fabulosos tesoros.

Le acompañaba casi siempre un anciano, al que tenia el jóven todos los miramientos que podria haber tenido con su padre; y sin embargo, no lo era, porque tambien el anciano respetaba al jóven como á su jefe y casi como á su amo.

Aquel viejo era un indio, y el jóven le llamaba Tepos.

Muchos aseguraban haberle visto en la servidumbre de Guatimoc, y recordaban que en los dias de la muerte del monarca, Tepos habia desaparecido por muchos años.

* * *

Doña Violante de Albornoz era la mas hermosa dama de toda la ciudad de México; no habia un galan que por ella no penara, y ni una sola noche dejaban de escucharse al pié de sus ventanas, músicas y trobas con que pretendian ablandar su pecho los apasionados de su belleza.

Pero Doña Violante era una estatua de marmol, jamás se le habia visto fijar con agrado sus negros y radiantes ojos en ninguno de sus amantes trovadores, y no habian logrado arrancar una sonrisa de agrado los mas hábiles ginetes que habian corrido cañas y lidiado toros en las fiestas que los encomenderos dedicaron al virey en el año de 1645.

Doña Violante era hija del alférez real Don Bernardino

de Albornoz, hombre de gran consideracion entre todos los conquistadores.

El jóven Carbajal fijó sus ojos en Doña Violante y la hizo señora de sus pensamientos; pero Doña Violante miró á Carbajal con el mismo desprecio que á todos sus demás adoradores.

En vano el jóven paseaba la calle de su dama, vestia sus colores, le llevaba noche tras noche músicas y serenatas.

En vano pretendia hacer llegar á sus manos riquísimos presentes; Doña Violante ni admitia sus galantes obsequios, ni entreabria siquiera los batientes de sus ventanas para escuchar las músicas. Fria y severa, desdafiaba siempre á Carbajal, que no habia llegado á conseguir de ella ni un saludo.

El jóven palidecia de dolor, y aquellos amores eran ya el objeto de las conversaciones de todos los corrillos: las damas compadecian al amante y culpaban á la ingrata, y los hombres reian maliciosamente.

Una tarde Doña Violante se habia asomado á su ventana, y Carbajal la miraba desde lejos sin atreverse á pasar por delante de ella por temor de disgustarla.

De repente, por el otro extremo de la calle, se oyó una gran vocería, y desembocó una gran multitud de hombres, de muchachos y de mujeres, que dando estrepitosas carcajadas y silbidos agudísimos, corrían persiguiendo á una pobre mujer, anciana, sumamente estenuada, sucia, con el pelo en desórden, con los ojos saltándosele de sus órbitas: jadeando y casi moribunda, huía de aquella muchedumbre que la burlaba, la escarnecía y la apedreaba, entre gritos horribles de:

—«¡Loca, loca, ahí va la loca!»

Lo pobre vieja tropezaba á cada momento y buscaba un apoyo en alguno de sus perseguidores que la rechazaba brus-

camente, haciéndola rodar algunas veces por el pavimento, y entonces una espantosa carcajada de la multitud era el aplauso de aquella accion.

La infeliz, con el rostro cubierto ya de lodo y de sangre, volvía á levantarse y procuraba seguir huyendo de aquellos bárbaros; pero sus esfuerzos eran inútiles, y espirante de fatiga, apenas podia ya dar un paso.

Habian llegado á la casa de Don Bernardino de Albornoz.

Doña Violante apartó indignada la vista de aquella escena en el momento en que la loca caía exánime y sus perseguidores comenzaban á tirarle con lodo que recogian de la calle.

Carbajal, ciego de ira ante aquel espectáculo, se lanzó en defensa de la infeliz anciana.

La muchedumbre retrocedió al principio espantada, pero mirando luego que no era mas que un solo hombre y alegre de encontrar alguna resistencia, los mas audaces cargaron sobre el jóven, que tiró de la espada y comenzó á repartir mandobles y estocadas.

La escena se trocó en un verdadero combate: las piedras llovian de todas partes sobre Carbajal; y aunque procuraba tener á raya á sus enemigos, sin embargo, perdía terreno á cada instante: el terror habia hecho volver en sí á la loca, que se abrazaba del jóven como de su único amparo, impidiéndole la libertad de sus movimientos.

Una piedra lanzada con mas destreza y mas fuerza que las otras, tocó á Carbajal en el hombro derecho: el jóven deja caer la espada y vaciló tambien; la chusma lanzó un grito de triunfo y se arrojó sobre el jóven, que habia perdido el conocimiento con la fuerza del dolor.

En un instante le hubieran despedazado; pero repentina-

mente se abrió el zaguan de la casa de Albornoz, y una multitud de criados y esclavos, armados, salió por allí y arremetió contra aquella muchedumbre, que huyó en desorden, dispersándose por todas las calles vecinas.

Cuando Carbajal volvió en sí se encontró en un lecho, en medio de una estancia que no conocia y rodeado de muchas personas.

Abrió los ojos, sintió un gran dolor en el hombro y una sed ardiente.

Sin reflexionar en nada y sin recordar lo que habia pasado, exclamó con una voz débil:

—Agua.

—Agua quiere—repitieron algunas personas.

Y pocos momentos despues el grupo que rodeaba el lecho abrió paso á una mujer que traia el agua: Carbajal no pudo contener una exclamacion de sorpresa; aquella mujer era Doña Violante.

El jóven quiso incorporarse y Doña Violante lo contuvo.

—No os movais, caballero—le dijo;—vuestra situacion es delicada; os daré yo misma de beber.

Y Doña Violante aplicó el vaso á los ardientes labios de Carbajal, que apuró con delicia aquella agua.

—Gracias, señora—le dijo—gracias; me habeis dado doblemente la vida.

Doña Violante se sonrió bondadosamente, y no se retiró del lecho.

—Señora—continuó Carbajal—decidme, ¿cómo es que estoy aquí? ¿cómo he venido? ¿sueño? ¿sois vos Doña Violante? ¿soy yo Felipe de Carbajal? Decidme, señora, si esto es verdad; y si sueño, no me despertéis, porque me moriría de pena.

—Sosegaos—contestó Doña Violante—sosegaos, mas

adelante lo sabreis todo; por ahora pensad en vuestra salud, en que estais entre personas que saben estimar cuánto vale un corazon noble, y tened el consuelo de que habeis hecho una buena accion, y una buena accion jamás queda sin recompensa.

Carbajal quiso replicar, pero Doña Violante le dijo:

—Si insistís en hablar, me retiro.

—Callaré—contestó humildemente Carbajal.

Y comenzó entonces á tener un vago recuerdo de todo lo que habia pasado.

La pobre loca fué recogida tambien en la casa de Albornoz; pero por su mísera condicion, y á pesar de la gran caridad de Doña Violante, quedó en una de las estancias del piso bajo, entre gada al cuidado de los criados.

En aquella primera noche, aterrada aún con las escenas que quizá sin comprender habia presenciado, apenas se atrevia á moverse, y durante aquella noche, los criados no dejaron de vigilarla ni un instante.

La noticia del acontecimiento se divulgó por toda la ciudad, y Tepoz no fué de los últimos en saberlo: inmediatamente se dirigió á la casa de Albornoz, y se instaló al lado del lecho del jóven Carbajal.

A la mañana del siguiente dia, dos físicos llegaron, llamados por Doña Violante para reconocer al enfermo.

La entrada á una casa de dos personajes de esta clase, llenaba de curiosidad á todos los habitantes de ella, y los lacayos y los esclavos, bien porque les interesaba verdaderamente la situacion del herido, ó bien por simple curiosidad, abandonaron sus ocupaciones y llegaron á las piezas cercanas, esperando oír las decisiones y el parecer de aquellas dos lumbreras de la ciencia médica.

Carbajal estaba desnudo de la cintura arriba; los físicos

le examinaron, volviéndole ya de frente ya de espalda, con la ayuda del viejo Tepos.

Doña Violante se habia retirado á una de las habitaciones interiores.

Los físicos tocaban y miraban la espalda de Carbajal, y uno de ellos dijo á Tepos:

—Veo en esta espalda una mancha roja con la figura de una llama; ¿es por ventura de nacimiento?

—Sí, señores, esta mancha roja la tiene desde el dia que nació—contestó el viejo.

Y diciendo esto descubrió la espalda del herido.

En medio de los que se agrupaban para mirar aquella mancha, partió un grito agudo y desgarrador.

Todos, incluso el herido mismo, volvieron el rostro espantados y buscando de dónde habia salido aquel grito.

En los brazos de un lacayo habia caido como desvanecida la vieja loca, que abandonada en su cuarto habia llegado hasta aquella estancia sin ser sentida y en el momento mismo en que descubrian á Carbajal.

Pero el desvanecimiento de aquella mujer era instantáneo, y arrancándose de los brazos de los lacayos, se arrojó sobre el lecho del herido, gritando:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio!

Tepos la miraba fijamente.

—Quitad á esta mujer, que está loca—dijo uno de los físicos.

Los lacayos se acercaron para quitarla del lecho; pero Tepos se interpuso entre ellos y la mujer, exclamando:

—Loca, loca si quereis, pero tiene razon; este jóven es su hijo.

*
**

La pobre loca, que no era sino la misma Doña Isabel de Carbajal, habia recobrado la razon al volver á encontrar á su hijo.

Desde aquel dia Doña Isabel vivió en la casa de Don Felipe, que habia tardado muy poco en restablecerse de sus heridas.

Seis meses despues se celebraban las suntuosas bodas de Don Felipe de Carbajal con Doña Violante de Albornoz.

Toda la nobleza y los principales caballeros del reino acudieron á las fiestas, y entre ellos, siempre triste y con severas tocas de luto, se veia en los mas apartados aposentos á Doña Isabel.

Pasó la boda, pasaron las fiestas, y un dia Doña Isabel llamó en secreto á su hijo, á Doña Violante y á Tepos.

Recostada en un sitial la pobre mujer, hizo sentar á sus piés á su hijo y á Violante; Tepos de pié permaneció á su lado.

Entonces comenzó la historia de sus amores con el emperador, tal como consta en estas Memorias, y luego extendiendo sus manos sobre las cabezas de los jóvenes desposados, impetró sobre ellos las bendiciones del cielo.

Aquellas manos se apoyaron sobre las cabezas de los jóvenes, que lloraban: pasó así un largo rato en el mas profundo silencio; por fin, Doña Violante alzó el rostro para mirar á la anciana y lanzó un grito.

Doña Isabel de Carbajal habia dejado de existir.

LAS TRES HERMANAS.

(Continúan las Memorias de Doña Juana.)

TREINTA años habian trascurrido; Doña Violante de Albornoz habia muerto, y Don Felipe de Carbajal vivia tranquilamente en México con tres hijas que habia tenido en su matrimonio, y que se llamaban Doña Isabel la primera, á quien se puso este nombre en memoria de la desgraciada madre de Don Felipe; Doña Violante, llamada así por la esposa de éste, y Doña Leonor la tercera.

Las tres jóvenes eran un prodigio de hermosura, y todos los galanes de la ciudad habian pretendido ser admitidos en la familia, pero solo Doña Isabel se habia casado con un primo suyo recién llegado de España, y que se llamaba Don Nuño de Carbajal.

Don Nuño era todo un cumplido caballero, y además, su boda habia sido á satisfaccion de Don Felipe, porque no teniendo hijos varones, veia así perpetuarse el apellido de su familia.

Antes de casarse Doña Isabel, habia pretendido su mano

un joven criollo, pero de muy mala reputacion, llamado Don Baltasar de Salmeron; pero fuese por su mala conducta ó porque era excesivamente joven en la edad, aunque ya hombre en sus vicios y en sus pretensiones, Doña Isabel jamás le hizo aprecio y se unió á Don Nuño.

Don Baltasar juró vengarse, y lo cumplió fielmente.

El año de 1573, Doña Isabel dió á luz una niña que colmó de felicidad á la familia, y á esa niña le pusieron por nombre Juana, y esa niña, hija mia, era yo.

Tanto mi madre Doña Isabel como sus dos hermanas, tenían en la espalda la mancha roja en figura de llama, que yo y tú tenemos; pero ya ninguno de la familia creia en la prediccion de la bruja que habia interpretado aquella mancha como la marca del fuego y como señal de que moriria en la hoguera el que la tuviera; aquella mancha era ya para nosotros como el distintivo de la familia.

Don Baltasar no dejaba de rondar la casa, persiguiendo á mi madre con su tenaz amor, por mas que se viera despreciado, y ya mi padre le habia reconvenido, sin conseguir otra cosa que repetidas protestas de enmienda.

Tendria yo un año de edad, cuando un dia, la nodriza que me cuidaba entró pálida y llorosa á la estancia en que hablaban con mi abuelo Don Felipe de Carbajal, mi padre, y mi madre.

—¿Qué ha sucedido con mi hija?—dijo Doña Isabel espantada al mirarla llegar.

—Señora, unos hombres me la han arrebatado.

Mi madre dió un grito, y se levantó como una loca, seguida de su padre y de su marido.

Todo el mundo se puso en movimiento; los criados y los esclavos de la casa, los amigos y los parientes, todos recorrian la ciudad, pero en vano.

Tres dias pasaron en inútiles pesquisas, y mi madre se moria de dolor.

Al cuarto dia un hombre le entregó en la calle una es-
quela que decia:

«Reservada.—A Doña Isabel de Carbajal.»

«Si os agradara tener *noticias ciertas* de vuestra hija, os las podria dar, con tal de que esta tarde á las cuatro vinié-
seis *sola, enteramente sola*, á una casa que está á la izquier-
da de la capilla de los Mártires.

Os advierto que si álguien sabe esto, ó venís acompaña-
da, *jamás volveréis* á oír hablar de vuestra hija.—Os besa
los piés,

«UN ANTIGUO CONOCIDO.»

Doña Isabel rompió aquella carta y se puso á reflexionar.

Indudablemente se trataba de atraerla á un lazo; la per-
sona que le escribia manifestaba tener depravada intencion:
¿pero qué hacer? ¿podia temer algo? Tratándose de su hija,
una madre se cree con valor para arrostrar cualquier peli-
gro por un hijo.

Doña Isabel determinó acudir á la cita; guardó secreto,
y á las cuatro de la tarde, con pretexto de ir á la iglesia,
salió á la calle.

A pesar de su resolucion, temblaba al acercarse á la ca-
sa, pero no vaciló; iba á llamar, cuando se abrió la puerta,
y un hombre enmascarado la hizo entrar.

El enmascarado cerró perfectamente y echó á andar, di-
ciendo á Doña Isabel:

—Seguidme, señora, y no temais.

Llegaron así hasta una gran cámara en la que habia varios
sitiales antiguos y maltratados; el hombre hizo sentar á Do-
ña Isabel y se sentó tambien.

—Bien sabia yo, señora, que vendríais esta tarde—dijo.

—Pero decidme, ¿en dónde está mi hija?

—Calma, calma—contestó el enmascarado—os lo diré, y
lo que es mas, os la volveré.

—¿Con que vos la teneis? ¡Ah, cuánto os lo voy á agra-
decer!

—Sí, hablaremos ante todo; supuesto que yo no corro
peligro alguno, me descubriré, que el antifaz me incomoda.

El hombre se quitó el antifaz, y Doña Isabel se levantó
espantada; habia reconocido á Don Baltasar de Salmeron.

—Supuesto que me conocéis ya, no necesito deciros el
precio que exijo por el rescate de vuestra hija—dijo Don
Baltasar con espantosa calma.

—Dejadme salir—dijo Doña Isabel.

—Entended, señora, que esto no ha sido un juego; no sal-
dreis de aquí, sino muerta, ó con vuestra hija; ¿comprendeis?

Doña Isabel volvió los ojos por todas partes, y estaba
sola, enteramente sola: entonces se arrepintió de haber acu-
dido á la cita.

*
*
*

Don Nuño y Don Felipe de Carbajal estaban verdadera-
mente desesperados: Doña Isabel habia desaparecido de su
casa, y en quince dias no se habia tenido de ella ni la me-
nor noticia.

En la ciudad se hacian mil comentarios, y lo mas valido
era que la madre en su desesperacion, se habria tal vez sui-
cidado arrojándose á algun canal.

La familia toda estaba de duelo, Doña Violante y Doña
Leonor no salian de sus cámaras, y no se atrevian ni á
preguntar por su hermana, esperando á cada momento te-
ner una noticia funesta.

Llamaron una noche á la puerta de la casa, y el portero asombrado miró entrar á Doña Isabel, pálida y estenuada, con los vestidos desgarrados y manchados de sangre en algunos lugares.

Doña Isabel subió precipitadamente las escaleras y se arrojó en los brazos de su padre.

Don Nuño llegó entonces, y la pobre dama le dijo con un aire de profunda desesperacion:

—Nuño, nuestra hija estará aquí mañana, pero somos muy desgraciados.

—Expícate, expícate, Isabel, que me espantan tus palabras.

—Sí, me explicaré, me explicaré—contestó Doña Isabel—aunque me cause la muerte: oid, padre mio, oid vos tambien, y vengadme.

Y Doña Isabel contó entre sollozos cuanto le habia ocurrido, sin ocultar ni una palabra; habia querido matarse golpeándose contra las paredes, pero la habian contenido; habia querido matarse de hambre, y habian abusado de su languidez cuando no podia resistir, cuando estaba casi desmayada, y entonces la habian arrojado á la calle prometiéndole como un consuelo enviarle á su hija.

Don Nuño y Don Felipe se dieron una mirada significativa, despues de haber escuchado con estupor aquella relacion.

—Cálmate, Isabel, cálmate, hija mia—dijo Don Felipe;—eres la víctima de un crimen, tu conciencia debe estar tranquila.

—¡Padre mio!—contestó Doña Isabel abrazándolo y llorando sin consuelo.

—Isabel—dijo Don Nuño—no tengo yo de qué perdonarte, una desgracia: inmensa ha caido sobre nosotros; yo te

vengaré, y ante todo es preciso guardar el mas profundo silencio; el secreto es ahora mi honra, Isabel: procura disimular, que nadie comprenda nada; veremos cómo se explica tu desaparicion y tu vuelta.

—¡Oh, Nuño! ¡qué generoso eres, y yo qué desgraciada! ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me abandonaste? ¿por qué me abandonaste?—decia la pobre mujer retorciendo sus brazos con desesperacion.

—Isabel—dijo Don Felipe—recuerda que tienes una hija y que mañana debe estar aquí.

—Ese hombre es capaz de engañarme, porque es capaz de todo; vos no le conoceis, padre mio.....

En este instante sonaron en el zaguan tres golpes, y Doña Isabel espantada se refugió en los brazos de su marido.

Se oyó despues abrir la puerta y luego pasos de muchas personas que entraban.

Don Felipe se adelantó para ver quiénes eran, y descubrió una multitud de familiares del Santo Oficio, á la cabeza de los cuales venia un comisario.

Estaba entonces recien establecido en México el tribunal de la Inquisicion, y aun no habia celebrado su primer auto de fe.

Esto pasaba en 1573, y era el primer inquisidor Don Pedro Moya de Contreras, que despues fué nombrado arzobispo de México y virey de la Nueva-España.

A pesar de todo, la Inquisicion era ya el espanto de todas las naciones en donde se tenia noticia de sus crueldades y de su modo de proceder.

Don Felipe se estremeció, comprendiendo que una nueva desgracia le amenazaba.

El comisario del Santo Oficio llegó hasta la estancia en que estaba Doña Isabel, y dijo con voz solemne:

—Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor de Carbajal, ¿dónde están?

—Aquí estamos—contestaron las dos hermanas, que habian llegado atraídas por el rumor.

—Falta una—dijo el comisario.

—Aquí está—contestó Doña Isabel presentándose ante sus hermanas asombradas, que ignoraban que estuviese allí.

—De orden del Santo Oficio, déense á prision las tres—dijo el comisario.

El terror privó del uso de la palabra á todos.

Los familiares se apoderaron de las tres hermanas, y el comisario tomó posesión de la casa y de todos los bienes en nombre del Santo Oficio y como una garantía para los gastos del proceso.

Don Felipe y Don Nuño fueron lanzados á la calle; igual suerte tocó á los criados, y los esclavos quedaron por cuenta de la Inquisicion.

Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor, partieron llorosas y tristes en medio de los familiares, y casi no podian creer, sino que soñaban.

—¿Qué hacemos, hijo mio?—dijo Don Felipe.

—Señor—contestó Don Nuño—esperadme aquí, que voy á seguir sus huellas hasta que me sea imposible acompañarlas mas; voy á ver si averiguo el motivo de esta prision; en fin, no sé verdaderamente lo que voy á intentar, pero las sigo.

Don Nuño partió tras la gente que llevaba á su esposa, y Don Felipe, apoyado contra el muro de su casa, cuyas puertas habia sellado la Inquisicion, quedó como anonadado ante desgracias tan grandes.

Las horas trascurrian, y Don Nuño no volvía; el cielo comenzaba á teñirse con la luz de la aurora: los vientos

frios de la mañana hicieron volver en sí á Don Felipe.

A Don Nuño debia haberle sucedido algo, porque de lo contrario hubiera vuelto; quizá lo habrian aprehendido tambien; era preciso buscarle en la misma direccion que habian tomado los familiares, que era indudablemente la de las cárceles del Santo Oficio.

Don Felipe comenzó á caminar.

En una de las esquinas de la Plaza Mayor, vió un grupo de gente que se habia detenido mirando algo; sin saber por qué, su corazon latió con violencia; se acercó al grupo: lo que miraban era un cadáver.

Don Felipe creyó que soñaba; aquel cadáver atravesado por una terrible puñalada en el pecho, era el de Don Nuño de Carbajal.

Tanto infortunio hubiera doblegado un espíritu menos fuerte que el de Don Felipe; pero él tenia en sus venas la sangre de un héroe: recibió este nuevo dolor con resignacion, y no queriendo por mas tiempo dejar expuesto el cadáver del marido de su hija á la curiosidad de la indiferente multitud, le levantó entre sus robustos brazos, se lo colocó en el hombro, y echó á andar á la ventura, sin saber adónde depositaria aquella carga para él preciosa, sin saber adónde encontraria un refugio.

Era ya de dia, y todos, al mirar á un hombre que llevaba á cuestas un cadáver ensangrentado, y que caminaba al parecer sin rumbo, se detenían, se hablaban, y muchos comenzaron á seguirle.

A poco rato aquello era ya un escándalo, y un alcalde, acompañado de varios alguaciles, le salió al encuentro, le detuvo y le condujo á las cárceles de la ciudad.

Don Felipe obedeció sin replicar; llegaron á la cárcel, contestó con sencillez á cuantas preguntas se le hicieron,

y aunque Don Felipe era persona muy conocida en la ciudad, su calidad de criollo y lo que habia pasado á su hija con el Santo Oficio, hizo que no se le creyese bajo su palabra: los oidores de la sala del crimen mandaron sepultar el cadáver, y mantener en prision á Don Felipe hasta que se averiguase la verdad de los hechos.

* *

Diez meses permaneció en la cárcel el desgraciado Carbajal, acusado por las apariencias del asesinato del marido de su hija; las declaraciones se sucedian, los testigos se multiplicaban, y los dias pasaban unos en pos de otros sin traer un consuelo á aquel desgraciado.

En una noche habia quedado pobre y solo en el mundo; toda su familia habia desaparecido, todos sus bienes estaban en poder de la Inquisicion, nadie se interesaba por él, y su causa iba como querian sus jueces.

Don Felipe habia adquirido una resignacion tan grande, que no exhalaba una queja.

Por fin, un dia las puertas de la cárcel se abrieron para dejarle salir, y se encontró libre; pero miserable, solo, sin conocer á nadie, sin saber á quién acudir para tener noticias de sus hijas.

Pero su amor paternal le dió resolucion, y se dirigió antes que á ninguna parte á las puertas del templo de Santo Domingo.

Allí estaba la Inquisicion, allí, si aun existian, estarian sus hijas.

Parado á la entrada de aquel templo, pasaba Carbajal los dias, sin encontrar á quien hacer una pregunta.

En las noches se quedaba ya en una casa en que por caridad le permitian dormir, ya en el cementerio de alguna iglesia, ya en alguna callejuela desierta, y expuesto al frio y á la lluvia; pero no desmayaba, porque creia que vigilaba á sus hijas.

Así pasaron tambien muchos meses.

* *

Llegó así el año de 1575, y comenzaron á hacerse grandes preparativos para el primer auto de fé que debia celebrar públicamente y con grande solemnidad el Tribunal de la Inquisicion.

El terreno escogido para esta horrible ejecucion, fué una plazoleta que habia frente á las casas que fueron despues el palacio de los marqueses del valle de Oajaca, descendientes de Hernan Cortés.

Don Felipe creyó que mezclándose con los familiares y con los trabajadores que preparaban los tablados y demás aparatos, sabria algo de sus hijas, y ofreció sus servicios, que desde luego fueron aceptados.

Se trabajaba durante todo el dia, y en las noches quedaban allí algunos veladores.

Una de esas noches tocó á Don Felipe quedarse, y se sentó algo retirado de una hoguera, al calor de la cual conversaba un familiar con un amigo suyo.

Don Felipe, á pesar de la distancia, percibió algo de la conversacion y oyó pronunciar su nombre.

—¿Con que tambien las Carbajales salen mañana? decia uno de ellos.

—Tambien—contestó el familiar—que ahora se puede de-

cir porque ya no es secreto, que mañana se leerán las sentencias.

—¿Y qué han hecho?

—Friolera! están convictas y confesas de judaizantes, y de que celebraban los sábados, y la Pascua comían el cordero, y señalaban sus casas con la sangre del cabrito, como dicen que hacían los judíos, y otras mil cosas.

—¿Con que así eran de malas?

—Sí, y lo que es peor, que tenían comercio con el demonio.

—¿Con el demonio?

—En carne y hueso, y eso que yo mismo lo ví.

—¿Cómo?

—Pues no es cuento, que despues que le dieron el tormento á las dos mas chicas, se quisieron seguir los señores inquisidores con la mas grande, y no pudieron aplicárselo porque estaba en cinta.

—Sí; pero esa, que segun dicen se llamaba Doña Isabel, era casada.

—Lo mismo pensaron sus señorías; pero cuando nació la criatura la madre se puso como una loca, y no la quiso ni ver, y gritaba como desesperada pidiendo de por Dios que le quitaran á la niña, que una niña era, que se la quitaran, que no le dijeran nada á su marido, porque aquella muchacha era hija del demonio.

—¿Jesus me favorezca!

—Y yo recogí á su niña y fuí á tirarla de orden de sus señorías; pero aquí va lo mejor, que la muchacha olía á azufre y tenía unos ojos azules pero como de lumbre, y como que me la dieron casi encueros, yo antes de tirarla pensé hacerle una señal para reconocerla, y dije: «Hija del demonio es, pues yo póngole una cruz,» y quise hacerle una cruz

con mi daga en la espalda, y me acerqué á una luz y la descubrí; pero ¿cuál sería mi horror al mirar que el demonio la había marcado ya antes?

—¡Ave María Purísima! ¿Y cómo?

—Con una llama roja que tenía pintada en la espalda.

—¿Y qué hiciste?

—Me asusté tanto, que la dejé en la primera puerta que encontré.

—¿Se moriría?

—No; me dió lástima y me quedé allí cerca escondido para que no fueran á comérsela los perros; y tuvo la chica tanta fortuna, que á poco ahí está un caballero embozado que pasa: ella, como si conociera, lloró: el caballero la levantó, la abrigó con su capa y se la llevó.

—¡Mira qué cosa!

—Pues falta lo mejor: como hubo de doblarse el tormento á las tres hermanas y me tocó asistir á él, pude observar que todas ellas tenían la misma marca que el diablo había puesto á su hija.

—Malas deben ser esas damas, y es lástima, porque dicen que son muy hermosas.

—Cuéntamelo á mí que las ví desnudas; de lo que poco hay: ¡qué piés, qué brazos, qué cuello! Vamos, si daba lástima ver cómo crujían aquellas carnitas tan suaves y cómo se crispaban aquellos miembros tan bien formados, porque les dieron el extraordinario.

—¿Y aguantaron?

—Algo, al fin confesaron; pero ya estaban muy maltratadas.

—¿Y ahora qué les van á hacer?

—¡Toma! A quemarlas por judías.

—¿Vivas?

—Vaya! vivas y muy vivas, que lo merecen.

Un gemido interrumpió la conversacion; era de Don Felipe que habia oido aquella terrible relacion.

—¿Quién se queja? preguntó el familiar.

—Ese trabajador sueña; quizá tendrá alguna pesadilla.

—Puede ser.

*
*
*

Todo estaba dispuesto para el auto de fé.

Un tablado se levantaba á uno de los lados, y en él habia una especie de trono suntuosísimo que debia ocupar el inquisidor mayor; el virey y los demas personajes de la comitiva que asistirían al espectáculo, tenian en el mismo tablado sitials ó asientos.

A los lados del trono habia dos púlpitos para los relatores que debian leer, los procesos y las sentencias, y enfrente de ellos otro púlpito para el predicador.

Del mismo lado que el púlpito del predicador, habia otro tablado para los penitenciados, que debian colocarse en bancas los menos principales, y los mas notables en una especie de escalinata que se elevaba en el centro de este tablado.

La curiosidad pública era suma; desde muy temprano los balcones, las azoteas, las ventanas y las puertas, en las calles que conducian del templo de Santo Domingo á la Plaza Mayor, estaban llenas de damas ricamente vestidas, y de apuestos caballeros: las carrozas y los ginetes ocupaban todas las bocascalles, y los edificios se habian engalanado con cortinas y flores para que pasase por allí la procesion.

Muy temprano, el virey, la audiencia y los principales

empleados del rey y de la ciudad, se reunieron en Palacio y se dirigieron á la Inquisicion, en donde les esperaban ya los inquisidores para organizar la marcha de la comitiva.

Todo el mundo estaba en expectativa; sonaron las campanas de Santo Domingo, y comenzó á subir la procesion.

Aquello era una mezcla de suntuosidad y de desgracia, que solo oirlo contar causa horror.

Las mazas del ayuntamiento abrian la marcha.

Despues seguian la infinidad de particulares y personas de suposicion en la ciudad, ostentando riquísimos trajes, y orgullosos de tomar parte en el acompañamiento.

Despues de ellos, en dos hileras, seguian á la derecha mano la universidad y el cabildo eclesiástico, y á la izquierda, el ayuntamiento, el corregidor de la ciudad y los oficiales reales, todos de gran gala.

Venian despues el alguacil mayor, secretario y receptor del Santo Oficio, y luego el promotor fiscal, con el estandarte del Tribunal, cuyos cordones llevaban caballeros de la principal y mas lucida nobleza de México.

Seguia la Audiencia, y cerraba la marcha el inquisidor mayor, llevando á su derecha al virey, y á su izquierda al inquisidor menos antiguo.

Tras de tan lucido cortejo venian los sentenciados de dos en dos, acompañado cada uno de un fraile que le exhortaba á grandes voces, y custodiados por familiares del Santo Oficio.

Era una cosa espantosa mirar á aquellos desgraciados, cubiertos con sacos y corozas y sambenitos, en los que habia pintados diablos, y víboras, y sapos, y llamas, y calaveras, que parecian una mascarada, y con el terror y la desesperacion y la muerte impresas en su rostro: aquello era burlarse de su agonía.

Las tres hijas de Don Felipe Carbajal caminaban entre los penitenciados; á pesar de sus grandes sufrimientos, Doña Violante y Doña Leonor conservaban su belleza, y la palidez excesiva de sus rostros hacia lucir mas el encanto de sus brillantes ojos.

Marchaban penosamente, porque iban descalzas, y sus piés pequeños y delicados podian apenas sostenerlas, maltratados por las piedras de la calle.

Llevaban por todo traje una especie de túnica negra, ceñida en la cintura por un cordel, sin mangas, y que les llegaba apenas á las rodillas, dejando ver sus brazos torneados y blancos, cubiertos de horribles contusiones.

En la cabeza llevaban un *cucurucho*, como le decia la gente de la Inquisición, muy alto y negro tambien.

La túnica y el *cucurucho* estaban sembrados por todas partes de diablos, de llamas, de calaveras y de papel dorado y rojo.

A pesar de aquel espantoso atavío, quizá no habia ni un hombre ni una mujer que no exclamase al verlas pasar:

—¡Qué lástima! ¡Pobrecitas, tan jóvenes y tan bellas!

La procesion llegó hasta el paraje destinado para el auto de fe; sentóse el inquisidor mayor, y le imitaron todos.

Los penitenciados fueron colocados en sus respectivos puestos, y los relatores de las causas subieron á los púlpitos.

En tres postes de piedra que tenian argollas de hierro enclavadas, y al pié de cada uno de los cuales habia un grande haz de leña, fueron atadas las tres hermanas.

Doña Isabel no era ya ni la sombra de lo que habia sido en otro tiempo; los sufrimientos la habian hecho cambiar

de tal manera en pocos meses, que parecia una anciana.

Su rostro estaba surcado por las arrugas, su cabello estaba casi blanco, y su mirada era vaga y casi estúpida.

Todas tres se dejaron atar sin resistencia al poste fatal.

En el centro quedó colocada Doña Isabel, á la derecha Doña Violante y á la izquierda Doña Leonor.

Atadas al poste, tenian que estar de pié sobre la misma leña que debia consumirlas, mirando cerca de sí una gran fogata alimentada constantemente por los familiares, y de donde se tenia que tomar el fuego para comunicársele á las hogueras.

Aquel sufrimiento moral debia ser mil veces mas terrible que la misma muerte; y se sienten crispas las carnes al pensar lo que sentiria el alma de aquellas desgraciadas durante el tiempo que tardaron las ceremonias, el sermón y las lecturas de los procesos y sentencias.

Un sol ardiente derramaba sus rayos sobre la cabeza de aquellas desgraciadas, y la sed se hacia para ellas insoporable, porque dos ó tres veces pidieron agua por amor de Dios.

Pero nadie les hizo caso.

Llegó por fin, despues de tres horas de martirio, el momento supremo.

El verdugo se encaminó á la hoguera de Doña Violante con una tea encendida, y la intrujo entre la apilada leña.

Podia desde lejos mirarse el terror mas espantoso retratado en el rostro de aquellas infelices, podia verse el temblor de sus carnes, podian oirse sus dientes chocar rápidamente unos con los otros, y el horror del cuadro aumentar-se con los cantos religiosos y los rezos de los sacerdotes.

Una nubecilla de humo salió de la leña que debia consumir á Violante.